



## Aviso Legal

### Artículo de divulgación

Título de la obra: El darwinismo y los modelos del conflicto

Autor: Orozco Alcántar, Jose Luis

Forma sugerida de citar: Orozco, J. L. (1987). El darwinismo y los modelos del conflicto. *Cuadernos Americanos*, 6(6), 31-47.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año I, núm. 6, (noviembre-diciembre de 1987).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).  
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>  
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

## EL DARWINISMO Y LOS MODELOS DEL CONFLICTO

Por José Luis OROZCO  
UNAM, MÉXICO

“DESPEJADA” POR las siniestras ecuaciones del Día del Juicio Final del Herman Kahn de hace ya un cuarto de siglo, día a día se documenta y alimenta con datos de computadora la sentencia termonuclear que pende sobre la cabeza de la humanidad; al mismo tiempo, las cifras sobre la pérdida de la soberanía nacional ante la penetración del capitalismo transnacional ilustran la también lenta e inexorable sentencia que pende sobre las economías periféricas doblegadas bajo el poder de los mecanismos financieros internacionales trazados por los Estados Unidos. Del otro lado del esquema, los países socialistas aparecen igualmente atrapados en la lógica (o ilógica) general. Si, como solemos hacerlo, aceptamos que el marxismo es el que, con Hobson, Hilferding y mayormente con Lenin, elabora “la primera teoría de las relaciones internacionales” y que la ciencia social burguesa es una ciencia que, a partir de la Revolución Rusa, se diseña “a la defensiva”, nos sorprende que el marxismo parezca haber perdido la iniciativa histórica y acabe por plegarse a esa *ciencia americana* cuya única disyuntiva es la de actuar de acuerdo al *principio de la política del poder* (Hans J. Morgenthau) o de acuerdo al *principio cibernético* (Karl W. Deutsch).<sup>1</sup>

Creo que justamente la polarización entre lo nacionalista y lo internacionalista, lo burgués y lo proletario, lo estructural-funcionalista y lo dialéctico, lo asediado y lo asediante, impide en el campo socialista las reevaluaciones adecuadas del nacionalismo sea desde la óptica del estalinismo o la del tercermundismo. En el campo capitalista, soslaya que las matrices teóricas de las relaciones internacionales bajo condiciones específicamente imperialistas se ensamblan con décadas de anticipación a la Primera Guerra Mundial y, consecuentemente, a la aparición del primer Estado socialista. El hecho de que los *think tanks* y las universidades capitalistas se

<sup>1</sup> S.v. “Relazioni internazionali” en *Enciclopedia Feltrinelli-Fischer* 28, *Scienze Politiche* 2 (*Relazioni internazionali*), Milano, Feltrinelli, 1973, pp. 385-386.

ocupen de teorías "de naturaleza sustancialmente clasificatoria", de sofisticar y "operacionalizar" el modelismo estructural-funcionalista, no transparenta sino la persistencia de los modelos sustantivos del conflicto social que se diseñaron bajo la influencia del darwinismo desde principios de la octava década del siglo pasado.

Y es que tampoco el marxismo se sustrae al atractivo del discurso biológico y suprabiológico del darwinismo y su dialéctica de lo orgánico y lo ambiental que configura el "bosquejo científico" inicial de las nuevas relaciones internacionales. Apología del universo anglosajón, la teoría de Darwin aporta empero un núcleo teórico-naturalista y una legitimidad científica difícilmente desdeñables. Aunque el marxismo separe y contraponga lo que es "metodológico" y lo que es "ontológico", su concepción de las contradicciones nacionales e internacionales se desarrolla casi paralelamente a la de la *Realpolitik* del Estado-Nación. En lo que ambas "naturalizan" sus sujetos históricos, el Estado o la Clase universal, puede hablarse de un darwinismo de derecha y un darwinismo de izquierda como la antinomia en la cual es relativamente posible simplificar la problemática de lo nacional y lo internacional. La cuestión se complica con el darwinismo de centro que los Estados Unidos manejan desde la última década del siglo XIX a partir de la tesis de la *frontier* de sus teóricos y sus prácticos imperiales. En orden cronológico (y, espero, lógico), procuraré analizar los tres modelos.

### 1) *El modelo darwinista de derecha*

Los apuntes del Darwin de 1871 sobre la lucha por la existencia a escala nacional e internacional son etnocéntricos y esperables. La dialéctica de lo orgánico (nacional) y lo ambiental (internacional) se ilustra mediante el contraste entre el brío expansionista anglosajón en Norteamérica y la declinación de la España trasplantada a Latinoamérica y vuelta "indolente y retrógrada" por las condiciones de vida "demasiado fáciles". El relativismo científico impide generalizar a Darwin:

Debemos recordar que el progreso no es la regla invariable. Es muy difícil explicar por qué una nación civilizada asciende, se vuelve más poderosa y se expande con mayor amplitud que otra, o por qué la misma nación progresa con más rapidez en un tiempo que en otro.

Con todo, la clave de la expansividad internacional asoma en la organicidad nacional.

Las causas más eficientes del progreso parecen consistir en una buena educación en la etapa en la cual el cerebro es más impresionable y en los altos paradigmas de excelencia inculcados por los hombres más capaces y mejores e incorporados en las leyes, las costumbres y las tradiciones de la nación y refrendados por la opinión pública.<sup>2</sup>

Todavía dentro de los parámetros del liberalismo, Darwin ve la nación como el espacio civil de la simpatía y el comercio.<sup>3</sup> Desde luego, el proyecto fisiocrático de nación va difuminándose: el propio Darwin duda ya de la "normalidad" del progreso y aprueba los valores de la obediencia y la disciplina que en esos mismos años traza el darwinista y experto en banca y derecho constitucional Walter Bagehot (1826-1877). En Bagehot, la dialéctica del organismo nacional y el entorno internacional alcanza la dimensión extrema de la derecha, la de la guerra como el espacio de la *selección natural*, la *Nation-Making*, la *Custom-Making*, la formación del carácter nacional, la "regeneración social" y la producción de grandes hombres. Puesto que "toda la historia de Europa ha sido la historia de la superposición de las razas más militares sobre las menos militares", Bagehot descarta el pacifismo industrial a la Spencer y propone "los usos del conflicto" para fomentar las virtudes nacionales que, por encima de las virtudes secamente mercantiles de la frugalidad y el ahorro, aseguran la hegemonía británica en el mundo. El escenario del proceso vital-orgánico habrá de ser la nación: es en ella donde hila históricamente "la *consistencia intelectual*", donde se moldea "la capacidad permanente de preferir, de así requerirse, el futuro sobre el presente".<sup>4</sup>

Bastarda, la *Realpolitik* amalgama lo que para Peter Viereck son "las dos mayores herejías anticristianas del siglo XIX", la del "idealismo subjetivo" (egoísmo) de la filosofía romántica alemana y la del darwinismo social ("el perro come perro") del materialismo europeo occidental.<sup>5</sup> Aunque ya Herder y Goethe sean "evolucionistas mucho antes que Darwin" y ya Hegel, "el teólogo

---

<sup>2</sup> Charles Darwin, *The Descent of Man and Selection in Relation to Sex* (1871), en *The Origin of Species by Means of Natural Selection, or the Preservation of Favored Races in the Struggle for Life and The Descent of Man and Selection in Relation to Sex*, New York, The Modern Library, s.f., esp. pp. 507-508.

<sup>3</sup> *Ibid.*, pp. 478, 498 y 500.

<sup>4</sup> Walter Bagehot, *Physics and Politics* (1867-1872) en *The Great Ideas, Today*, Chicago-London, Encyclopaedia Britannica, 1968, pp. 429 y 464.

<sup>5</sup> Peter Viereck, *Metapolitics. The Roots of the Nazi Mind* (1941), New York, Capricorn Books, 1965, pp. 196-200.

más profundo de la *Realpolitik*", dibuje un universo panteísta de organismos estatales que encarnan cada uno "la idea de Dios" y cuyas síntesis superiores conducen a la guerra, para Viereck es solamente bajo el impulso del darwinismo social que el idealismo subjetivo alemán desemboca en "la visión relativista de las restricciones éticas". Heinrich von Treitschke (1834-1896) aparece así, al lado de un Nietzsche, exculpado por Viereck como uno de los dos grandes "padrinos" de la Primera Guerra Mundial. Con su héroe, Bismarck, Treitschke contrapone al comercialismo y el parlamentarismo del discurso librecambista, la nobleza de la sangre y el hierro de la totalidad nacional orgánica alemana preservada por la pureza de la raza aria y las tradiciones monárquicas y militares de Prusia.

Al desbancar la guerra franco-prusiana la idea de la *Nation-Making* federalista a la norteamericana (o tocquevilleana) propuesta por Georg Waitz a mediados del siglo, la Teoría del Estado del nuevo Reich alemán deberá ser unitaria, totalista, comunitaria e instauradora de la soberanía prusiana sobre la nueva Alemania.<sup>6</sup> En un giro religioso del darwinismo, la guerra se eleva a juicio divino de la *Weltgeist* y la *Deutsche Geschichte* (1879) y registra la conversión del *Volk* alemán en *Herrenvolk* a través de la *Machtpolitik* que expresa el "autointerés" del Estado y el pueblo como entidades orgánico-místicas. El concierto internacional se vuelve transparente. "La historia nos ejemplifica la manera en la cual los grandes Estados brotan a la vida de las cenizas de sus congéneres más pequeños", sentencia Treitschke; es solamente al hacerlo que aquéllos devienen entidades de derecho y guardianas de la civilización. Sin embargo, para que el derecho internacional subsista, "ello presupone necesariamente la existencia de por lo menos un equilibrio aproximado del poder entre los Estados". Además, y trascendiendo al *Recht*, la *Macht* ha de imponer allí su lógica: "Ningún Estado del mundo puede renunciar al 'Yo' de su soberanía": de aquí que todo Estado deba esmerarse en que los tratados expresen correctamente "las condiciones políticas reales". De otra manera, la guerra se vuelve un "deber inevitable".<sup>7</sup>

Si al fin de cuentas el Estado cerrado de la *Realpolitik* se presenta como una entidad orgánico-pragmática que no puede aceptar "principios fijos para la política internacional", esa inevitable con-

<sup>6</sup> Para una visión general del proceso, véase Friedrich Meinecke, *Cosmopolitanism and the National State*, Princeton, Princeton University Press, 1970, esp. cap. 6, pp. 336 y ss.

<sup>7</sup> Heinrich Gotthard von Treitschke, *Politics* (material recopilado en 1897 y 1898 y traducido al inglés en 1916), New York, Harcourt, 1963, libro V, cap. XXIV, pp. 296 y 298-299.

dición darwinista parece atemperarse en la visión juricista de Treitschke sobre el orden estatal interno. Ante Hegel, el Estado no constituye hacia adentro *toda* la vida de la nación, "puesto que su función es solamente la de circundar el todo, regulándolo y protegiéndolo". No obstante, al bifurcarse la función en la jurisperita (restrictiva) y la militar (protectora), las dimensiones de lo nacional y lo internacional se entrelazan nuevamente. Si la regla treitschkeana general es la de que, aun en los casos de victoria sobre el enemigo, "la propiedad privada debe ser respetada hasta el más amplio de sus sentidos", la disposición de la estructura interna de la sociedad no puede dejarse librada al azar jurídico liberal. Al examinar el caso de Rumanía, Treitschke deja constancia de cómo "vemos con asombro que es precisamente a las razas inferiores a las que la palabra 'proletariado' puede aplicarse en su sentido literal". Definitivamente, con elementos así no puede cumplirse el imperativo histórico de fusionar la Nación y el Estado, no puede darse, en suma, el impulso "de toda nacionalidad vigorosa de construirse un Estado para sí misma".<sup>8</sup>

Formar el arquetipo nacional para la hegemonía internacional no impone igualar ni nivelar socialmente. En relación con las clases sociales, se debe admitir que "es precisamente en la diferenciación de clases donde se exhibe la riqueza moral de la humanidad" y permitir por lo tanto la coexistencia armoniosa de "las virtudes de la riqueza y la pobreza". Des-proletarizar tiene entonces la connotación de la purificación nacional, de la ruptura con las "propensiones comerciales" y desintegradoras de los semitas que obstruyen la misión ética de los pueblos arios. De la misma manera, la efectividad nacional en el plano de la selección natural internacional obliga por un lado a romper con "la feminidad de las manos civiles"; por el otro, a sacudirse de la dogmática manchesteriana "que ve en el hombre una criatura bípeda cuyo destino consiste en comprar barato y en vender caro". Canceladas las opciones del oportunista librecambismo inglés, quedan para Alemania las lecciones compactas de la Teoría del Estado y del poder militar. No puede ser de otra manera: la guerra es el único elemento "que fomenta el idealismo político que el materialismo rechaza".<sup>9</sup>

### 11) El modelo darwinista de izquierda

ESCRIBE Viereck que, al confluir con el darwinismo, el totalitarismo organicista de Hegel se dispara hacia dos líneas, la naciona-

<sup>8</sup> *Ibid.*, libro II, cap. VI, pp. 99 y ss.

<sup>9</sup> *Ibid.*, libro I, cap. II, pp. 36-39.

lista y la clasista. En ambas direcciones, puede añadirse, desemboca en un evolucionismo fatalmente conflictivo y éticamente relativista. A la línea izquierda del esquema van Marx y su planteamiento del conflicto global que se da como el reflejo ampliado (¿supraestructural?) de la más radical de las contradicciones sociales, la de los explotadores y los explotados. El propio Marx se presta a la interpretación al indicar a Lassalle en enero de 1861, tras la lectura del *Origen de las especies* a finales de 1860, que "el libro de Darwin es muy importante y me sirve de base en ciencias naturales para la lucha de clases en la historia". Todavía más cerca del impacto de la lectura de Darwin (el 19 de diciembre de 1860), declaraba a Engels que "aunque esté escrito en el crudo estilo inglés, éste es el libro que contiene la base histórico-natural de nuestras concepciones".<sup>10</sup>

¿Puesta al día científica? ¿Intento de legitimidad materialista? Sin detenernos en el viejo Engels de la dialéctica de la naturaleza y la analogía entre las leyes de desarrollo descubiertas por Darwin (las de la naturaleza) y por Marx (las de la historia), conviene subrayar el sentido de matiz que la formación filosófica y socialista de Marx impone a una interpretación tan descarnada como ésta. Transcurridos los primeros entusiasmos, Marx no tarda en apuntar a Engels, en junio de 1862, lo "notable" de

la manera en la cual discierne Darwin entre las bestias y las plantas, su sociedad inglesa con su división del trabajo, su competencia, su apertura de nuevos mercados, sus invenciones y la malthusiana "lucha por la existencia".<sup>11</sup>

El condicionamiento social de las ideas darwinianas se establece claramente; más implícitamente, también se establece la vinculación nacional e internacional del darwinismo con el hipócrita cosmopolitismo privativista del liberalismo o con el viejo egoísmo nacional-racista del romanticismo alemán. Con tal *naturalismo*, enraizado en la clásica *bellum omnium contra omnes* ciertamente Marx no pacta.

Ahora bien; la cuestión tampoco radica en separar la "línea clasista" del darwinismo de la "línea nacionalista" meramente en función de su énfasis *productivista* sobre el énfasis *naturalista* de

<sup>10</sup> Karl Marx, Cartas a Lasalle (16 de enero de 1861) y a Engels (19 de diciembre de 1860), en Carlos Marx-Federico Engels, *Correspondencia* Ediciones de Cultura Popular, 1972, pp. 168 y 169.

<sup>11</sup> Karl Marx, Carta a Engels (18 de junio de 1862) en Karl Marx, *On Revolution*, incluido en Saul K. Padover ed., *The Karl Marx Library*, New York, Mc Graw-Hill, 1971, p. 140.

la última. Quince años antes de leer a Darwin, Marx esboza con Engels, en la *Ideología alemana*, las dimensiones nacionales e internacionales de la lucha de clases. Ni biologicista ni economicista, la habrá de emprenderse para recobrar la conciencia del hombre, para superar su *enajenación*. Lograrlo implica la concurrencia de dos premisas "prácticas", la una la formación de una gran masa de individuos "sin propiedad", la otra el alto desarrollo de las fuerzas productivas sin el cual únicamente se generalizaría la escasez. Y ello porque

solamente con este desarrollo universal de las fuerzas productivas se establece un intercambio *universal* entre los hombres que produce simultáneamente en todas las naciones el fenómeno de la masa "desposeída" (la competencia universal), se logra que cada nación dependa de las revoluciones de las demás y se instituye finalmente a los individuos *histórico-universales*, empíricamente mundiales, en lugar de los individuos locales.<sup>12</sup>

Lejos de la idea de competencia individual, la dialéctica de Marx precisa dos años más tarde que los proletarios tienen, al margen de su nación, uno y el mismo interés, uno y el mismo enemigo, una y la misma lucha. Ello contrasta con el cosmopolitismo burgués, defensivo contra el proletariado interno e internacional y eventualmente complementario en la concurrencia en el mercado mundial. "Para que las naciones se unan realmente deben tener un interés mutuo", advierte no obstante Marx en Polonia.

Para que su interés se vuelva mutuo deben abolirse las actuales relaciones de propiedad porque ellas condicionan la explotación de las naciones entre sí mismas. El interés de la clase obrera radica en abolir las actuales relaciones de propiedad: ella solamente, por lo demás, cuenta con los medios para hacerlo. La victoria del proletariado sobre la burguesía es al mismo tiempo una victoria sobre los conflictos nacionales e industriales que hacen que las diversas naciones se enfrenten hostilmente hoy en día. La victoria del proletariado sobre la burguesía es por lo tanto y al mismo tiempo la liberación de todas las naciones oprimidas.<sup>13</sup>

---

<sup>12</sup> Karl Marx-Friedrich Engels, *The German Ideology* (Primera parte), en Robert C. Tucker ed., *The Marx-Engels Reader*, New York, W. W. Norton & Co., pp. 161-162.

<sup>13</sup> Karl Marx, "International Class Conflict" (discurso pronunciado en Polonia el 29 de noviembre de 1847), en *On Revolution* en *op. cit.*, p. 35.

La sincronía de lo nacional y lo internacional como la condición para que se opere la revolución real y final: si Marx y Engels subestiman en principio el nacionalismo, la "política práctica" los obliga a revalorizarlo, a poner atención en su mecánica política y a centrarse más cuidadosamente en los casos nacionales concretos. En 1864, la Primera Internacional no se organiza bajo la ilusión del levantamiento simultáneo del proletariado mundial. ¿Lecciones del darwinismo? En su menor parte, muy menor seguramente. La década de los setenta preludia ya, más práctica que teóricamente, el fundamento nacional de las grandes tragedias del siglo XX. Poco menos de medio siglo después, el llamamiento de Lenin a convertir "la guerra imperialista en una guerra civil" se ve sobrepasado en sus pros internacionalistas por sus contras nacionalistas. Sopesados en 1916, los pros de la exportación de capitales a escala mundial, de la concentración de la producción y la distribución en *trusts* y *carrels*, de la fusión del capital bancario y el industrial y la lucha internacional por obtener materias primas se neutralizan por el "soborno de los sectores obreros" de los países capitalistas, la formación de capas nacionales privilegiadas del proletariado, la "monstruosa victoria" que conjunta al imperialismo y al oportunismo (el socialchauvinismo) y particularmente el "engranajes" entre la propiedad de los grandes consorcios con la de otros y con "la posesión de acciones" más generalizada.<sup>14</sup>

El tono de Lenin, acentuado luego por el triunfo de la Revolución Rusa, es empero optimista. Los "Estados rentistas" o "Estados usureros" que actúan como mediadores en la exportación de capitales enfilan hacia crisis cada vez más profundas y hacia un "acentuado antagonismo"; el mismo "engranaje" de la propiedad corporativo-capitalista no hace sino "contar los árboles sin ver el bosque", ocultar la gigantesca *socialización* del trabajo llevada a cabo por el imperialismo. Sabemos hoy el costo que el cálculo de la relación entre nacionalismo e internacionalismo acarrea para el movimiento socialista durante la década de los veinte. Ya en diciembre de 1917, Antonio Gramsci apunta que "Marx ha previsto lo previsible. No podía prever la guerra europea, o más bien no podía prever que esta guerra hubiera tenido la duración y los efectos que ha tenido".<sup>15</sup> Al mes siguiente, Gramsci emprende con el juicio a la "ideología" internacionalista de la Liga de las Nacio-

<sup>14</sup> Vladimir I. Lenin, *Imperialism, the Highest Stage of Capitalism* (1916-1917), Parte X, en *Lenin on the United States*, New York, International Publishers, 1970, pp. 280-286.

<sup>15</sup> Antonio Gramsci. "La Rivoluzione contro il 'Capitale'" (1917) en Sergio Caprioglio ed., *La Città Futura*, 1917-1918, Torino, Einaudi, 1982, p. 514.

nes el análisis que, deslizándose mucho más allá de los designios de "la burguesía liberista anglosajona", incidirá a la inversa en el estudio de las correlaciones de las fuerzas seccionales, de los "partidos nacionalistas" y los contextos hegemónico-mundiales que los subordinan dialécticamente y, desde allí, a las maneras en las cuales "a las relaciones internas de un Estado-Nación se entrelazan las relaciones internacionales creando nuevas combinaciones originales e históricamente concretas".

"¿Preceden o siguen (lógicamente) las relaciones internacionales a las relaciones sociales fundamentales?", se pregunta Gramsci. "Las siguen sin duda alguna", responde.

Toda innovación orgánica en la estructura modifica orgánicamente las relaciones *absolutas* y *relativas* en el campo internacional a través de sus expresiones técnico-militares. Inclusive la posición geográfica de un Estado Nacional no precede sino sigue (lógicamente) las innovaciones estructurales, si bien reacciona sobre ellas en cierta medida (ni más ni menos que en la medida en la cual las superestructuras reaccionan sobre la estructura, la política sobre la economía, etcétera).<sup>16</sup>

La tesis se redondea al calor de la polémica Trotsky-Stalin ("Leone Davidovici"- "Giuseppe Bessarione").

Realmente la relación "nacional" es el resultado de una combinación "original" única (en cierto sentido) que debe ser comprendida y concebida en esta originalidad y unicidad si se quiere dominarla y dirigirla. Es verdad que el desarrollo se da en dirección al internacionalismo, pero el punto de partida es "nacional", y es desde este punto de partida del que es imperativo emprender el movimiento. Pero la perspectiva es internacional y no puede menos que serlo. De aquí que sea preciso estudiar con exactitud la combinación de las fuerzas nacionales que la clase internacional deberá dirigir y desarrollar según la perspectiva y las directrices internacionales.<sup>17</sup>

Stalin continúa así, para Gramsci, la línea bolchevique que de 1902 a 1907 buscaba "depurar al internacionalismo de todo elemento vago y puramente ideológico (en sentido peyorativo) para darle un contenido de *política realista*". Para poder internacionalizarse, la clase obrera habrá primero de "nacionalizarse", esto es, vincu-

<sup>16</sup> Antonio Gramsci, *Note sul Machiavelli, sulla Politica e sullo Stato Moderno* (comp. en 1949), Torino, Giulio Einaudi Editore, 1974, p. 41.

<sup>17</sup> Antonio Gramsci, "Note Sparse" (1927), *loc. cit.*, p. 114.

larse con los campesinos, los intelectuales, los "estratos sociales estrechamente nacionales" que habrá de dirigir. Algo más: "antes de que se formen las condiciones para una economía según un plan mundial es necesario atravesar múltiples fases en las cuales las combinaciones regionales (de grupos de naciones) pueden ser variadas". En esa compleja dialéctica postbélica del nacionalismo y el internacionalismo lo único que puede representar el trotskismo unilineal es "una forma moderna del viejo mecanicismo". Al anularse definitivamente las condiciones para la simultaneidad de la revolución mundial, importa entonces sacudirse de una "teoría de la revolución permanente" que no puede conducir a otra cosa que no sea la parálisis o la espera de "una forma de 'napoleonismo' anacrónico y antinatural (porque no todas las fases históricas se repiten de la misma forma)".<sup>18</sup>

### III) *El modelo darwinista de centro*

EL modelo que en 1893 proyecta el historiador Frederick Jackson Turner (1861-1932) a partir de los lineamientos del darwinismo, y que privilegia a los Estados Unidos como el espacio por excelencia de la selección natural, constituye la concepción burguesa más elástica, "informal", de las relaciones entre la política interna y la política exterior. Librándose de la pesadez teórica y práctica de las superentidades políticas (los Estados-naciones) y las macrounidades socioeconómicas (las clases sociales), el modelo de Turner canaliza y dinamiza en el darwinismo una tradición de acumulación capitalista menos centralizada y confinada estatalmente, la que se plasma desde el cosmopolitismo especulador y expansionista a la Benjamín Franklin y entrelaza luego lo nacional y lo internacional en el estatismo federalista a la Hamilton y el civilismo republicano a la Jefferson.

Los Estados Unidos aparecen como una inmensa página en la historia de la sociedad. A medida que leemos de renglón en renglón esta página continental que va del Occidente al Oriente, descubrimos la historia de la evolución social.<sup>19</sup>

<sup>18</sup> *Ibid.*, p. 115 (el subrayado es mío).

<sup>19</sup> Frederick Jackson Turner, "The Significance of the Frontier in American History" (1893), en *Frontier and Section. Selected Essays of Frederick Jackson Turner*, Englewood Cliffs, New Jersey, Prentice Hall, 1961, p. 43.

La tesis de la *frontier* norteamericana de Turner expresa así en los parámetros de la historia natural y la historia económica lo que el pragmatismo expresa en los de la organización de la cultura y los negocios. Más allá del pobre deductivismo jurídico, la tesis presenta la plasticidad, la supralegalidad y la transnacionalización de las unidades particulares del capital norteamericano a punto de lanzarse a lo que Charles Conant denomina el "imperialismo informal".

Detrás de las instituciones, detrás de las formas y las modificaciones constitucionales subyacen las fuerzas vitales que dan vida a esos órganos y los moldean para afrontar las condiciones cambiantes. La peculiaridad de las instituciones americanas radica en el hecho de que han sido obligadas a adaptarse a los cambios de un pueblo en expansión.

Históricamente, la *frontier* norteamericana rebasa a la europea obstruida por "los territorios densamente poblados", la complejidad clasista y la conflictividad nacional: a la inversa, la *Nation-Making* norteamericana se da fragmentaria y libremente a lo largo de sucesivas fronteras (la de los indios, la de los rancheros, la de los agricultores o la de los soldados) que nacionalmente tienen un "efecto consolidador" y no un efecto opresor.

Para construir el modelo, Turner no establece una causación unilineal entre política interna y política exterior. Ello simplemente porque el proceso, en caso de no tratarse de las relaciones con Europa, e incluso si se trata de ellas, describe dos aspectos totalmente indiscernibles. "El desenvolvimiento del nacionalismo y la evolución de las instituciones políticas americanas dependieron del avance de la frontera", declara Turner sin detenerse demasiado en los objetos humanos interpuestos al avance del mercado capitalista. Legislación práctica sobre aranceles, propiedad territorial u obras públicas, "la legislación que desarrolló con mayor intensidad los poderes del gobierno nacional y desempeñó un papel decisivo en su intervención fue condicionada por la frontera". Resultado: un desarrollo "espontáneo" pero vitalmente orgánico, fragmentario pero cumplidor de un designio natural-histórico, estructural-funcionalista.

Lo primero que observamos es que la *frontier* promovió la formación de una *nacionalidad compuesta* en el pueblo americano. La costa (atlántica) se mantuvo predominantemente inglesa, pero las oleadas

posteriores de la inmigración continental fluyeron a lo largo de las tierras libres.<sup>20</sup>

Más que la división racial del trabajo o la imposibilidad de fundar Estados a la alemana, como en el caso de Wisconsin, la tendencia nacionalista-combinatoria regulada solamente por la religión, el dinero y el sentido de misión espiritual-biológica crea justamente un producto desconocido en Europa. "Fue esta tendencia nacionalista del Oeste la que transformó la democracia de Jefferson en el republicanismo nacional de Madison y la democracia de Andrew Jackson". La democracia al fin, confundida entonces como ahora con la oportunidad económica del individuo desnudo: "el efecto más importante de la *frontier* ha consistido en la promoción de la democracia aquí y en Europa. Como se ha indicado, la *frontier* es generadora de individualismo". "El individualismo de *frontier* ha promovido la democracia desde el principio", repetirá Turner una y otra vez. Ahora que, anticipando 1898, el discurso de 1983 plantea lo que el rectorado expansionista norteamericano quiere que se plantee y por lo cual paga a Turner el precio de la inmortalidad académica: el problema del espacio vital como el oxigenador y reproductor de la democracia. *Dictum* científico: "Mientras exista la tierra libre existe la oportunidad para la competencia, y el poder económico asegura el poder político".<sup>21</sup>

Con Mahan, con Conant, con Roosevelt, con Wilson o con Lodge, el profesor Turner apunta los corolarios lógicos de eso que anuncia como "la clausura del primer período de la historia americana", la desaparición de la *frontier* a cuatro siglos del descubrimiento de América y a un siglo de promulgada la constitución norteamericana. Lo que el mar Mediterráneo fue para los griegos, concluye, lo ha sido la *ever retreating frontier* directamente para los Estados Unidos y, "más remotamente", para Europa. La imaginación darwinista exige entonces que esa *frontier* no se cancele si no se quiere cancelar el futuro de la democracia y del Occidente mismo. Excelente que Turner bosqueje entonces y después las fórmulas conciliatorias del *national interest* a la Theodore Roosevelt con los mecanismos monetarios y bancarios internacionales que permiten la acción plural, plástica, fragmentaria y transnacional de los *special interests* (los *trusts* y los *cartels* a punto de ser operativamente legitimados por la incipiente ciencia política de Arthur Bentley).

"Sería un profeta imprudente quien afirmara que el carácter

<sup>20</sup> *Ibid.*, p. 51 (el subrayado es mío).

<sup>21</sup> *Ibid.*, p. 58.

expansivo de la vida americana ha cesado ahora por completo", aclara Turner.

El movimiento ha sido su factor dominante y, a menos que esta escuela práctica no ejerza influencia sobre el pueblo, la energía americana exigirá continuamente un campo más amplio para su despliegue.

Pragmáticamente, postdarwinianamente (en el sentido voluntarista), el mensaje del organicismo corporativo-expansionista de Turner es transparente.

No hay *tabula rasa*. El riguroso entorno americano está allí con sus imperativos categóricos de doblegarse a sus condiciones; también están allí los modos heredados de hacer las cosas; y no obstante, a pesar del medio ambiente y a pesar de la costumbre, cada *frontier* proporcionó sin duda alguna un nuevo campo de oportunidad, una válvula de escape a la servidumbre del pasado; y la frescura y la confianza y el desdén hacia la vieja sociedad, la impaciencia ante sus restricciones y sus ideas y la indiferencia a sus lecciones han acompañado a la *frontier*.<sup>22</sup>

Fisiocracia y geopolítica; el "materialismo económico" (el de Achille Loria) y el "análisis motivacional" (la psicología del interés) se articulan en el juego oportunista del pluralismo y el seccionalismo, del nacionalismo y el internacionalismo, de la expansión y la estabilidad. Falsa pues la interpretación europea que, con Hermann von Holst, ve resuelto el problema de la soberanía estatal norteamericana desde 1787 y encuentra en el particularismo "esclavócrata", expansionista y cuestionador del poder central, "la perversidad y la falta de lógica de los estadistas americanos".<sup>23</sup> La majestuosidad de la historia norteamericana y la forja de su interés nacional desafían todo racionalismo estatista. Escribe Turner:

Para aquel que contempla por debajo de la superficie de las cosas *la historia de los Estados Unidos deriva su interés del desarrollo mismo de su sociedad*. Esta sociedad es un océano humano —móvil, en continua transformación, bullicioso; un océano donde se cruzan profundas corrientes y sobre cuya superficie se deslizan los vientos de la

<sup>22</sup> *Ibid.*, pp. 61 y 62.

<sup>23</sup> Frederick Jackson Turner, "Dr. von Holst's History of the United States" (ca. 1896), en Wilbur R. Jacobs ed., *America's Great Frontiers and Sections. Frederick Jackson Turner's Unpublished Essays*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1965, pp. 94 y 95.

emoción popular, un océano que ha estado ajustándose siempre él mismo a los nuevos bordes de las costas y a los nuevos cauces.<sup>24</sup>

Para Ray Allen Billington, discípulo de Turner, la tesis de éste "revolucionaria la investigación" en la historia al "ir por detrás del diplomático y los tratados de anexión hacia las fuerzas fronterizas y los intereses seccionales".<sup>25</sup> Cuando ensambla de fragmento en fragmento la historia agraria, la territorial, la del transporte, la económica, la del comercio, la urbana y la de las relaciones internacionales, Turner proporciona un dispositivo global que, si bien supera al simple *fact finding* del empirismo, jamás se enclaustra causalmente ni en la *Realpolitik* del nacionalismo ni en el compromiso revolucionario del internacionalismo. Suerte de dialéctica de la *Macht* y del *Recht*, la *frontier* enlaza también a la nación y a la organización democrática internacional. Desde principios de 1915, preocupado por la Primera Guerra Mundial, Turner desplaza sus tesis hacia delante y hacia atrás en el tiempo y advierte que la historia interna de los Estados Unidos ofrece el mejor apunte para prevenir las guerras futuras. A Richard H. Dana le comunica el 3 de mayo y en referencia a "la actual guerra" y sus esferas de influencia y sus ambiciones nacionales, cómo

nuestra propia historia parece brindar una base para juzgar este asunto considerando el hecho de que hemos ocupado una región tan grande como Europa y hemos mantenido la paz mucho mejor de lo que Europa lo ha hecho en el curso de este desenvolvimiento (a no ser que uno considere como excepción la política indígena). Nuestras secciones han ocupado el lugar de las naciones europeas.<sup>26</sup>

Al hacer un paralelo entre la mecánica seccional-federal norteamericana y el proceso infinitamente más complejo de la integración de los Estados europeos, el etnocentrismo turneriano traza la "historia inteligente" de las relaciones internacionales del capitalismo. Aquí, como allá, la constitución que obra sobre los individuos fortalece la nación por encima de las secciones y los Es-

<sup>24</sup> Frederick Jackson Turner, "The Development of American Society" (Julio de 1908), en *op. cit.*, p. 170.

<sup>25</sup> Ray Allen Billington, *Frederick Jackson Turner. Historian, Scholar, Teacher*, New York, Oxford University Press, 1973, p. 485 (la cita es del propio Turner).

<sup>26</sup> Frederick Jackson Turner, Carta a Richard Henry Dana (3 de mayo de 1915), en Wilbur R. Jacobs ed., *The Historical World of Frederick Jackson Turner, with Selections from his Correspondence*, New Haven and London, Yale University Press, 1968, pp. 139 y 140.

tados: no obstante, "si no hubiera sido porque nuestra organización partidista corrió *a través* de las líneas seccionales, no sé cómo habríamos mantenido la paz". La economicidad inmediata de los partidos se sobrepone así, y regula sanamente, lo jurídico y lo político. Cuando, al contrario, se impone lo político y hace coincidir lo seccional y lo partidista, como en el caso del Sur esclavista, "enfrentamos condiciones muy similares a las de Europa". Al superarlas, la lógica capitalista encuentra el Estado a su medida.

Debido a que Europa no ha encontrado una organización central capaz de penetrar más allá del límite de la *nación* misma, y debido a que no ha habido partidos internacionales en perspectiva, se da el impacto desnudo de las naciones o los grupos aliados de naciones contra las otras naciones o grupos de naciones. Ello significa la guerra en vez de los ajustes pacíficos mediante las leyes.<sup>27</sup>

Con los "Catorce Puntos" del amigo y colega Woodrow Wilson, sin salir del *dossier* de éste, la propuesta organizativa de Turner recorre el Atlántico en noviembre de 1918. Se trata, omitiendo la noción de *frontier*, de aplicar las lecciones del seccionismo-pluralismo norteamericano a la paz mundial. Ante la política de poder, la política de presión: lo avala la práctica de una "Liga de Secciones" que bien puede normar la organización de la Liga de las Naciones atravesadas/unificadas en sus fronteras por los grupos particulares de interés cuyo entrelazamiento subnacional disuade de cualquier contienda internacional. Apegado al boceto de 1915, el de 1918 pide desde luego "alguna organización central" que resuelva los problemas vitales (bancarios, monetarios, arancelarios) de las transacciones de negocios. Al descartar "los hábitos de la diplomacia europea, las tradiciones y la formación de sus estadistas... y los intereses y las ambiciones económicas de las naciones bajo dirigentes chapados a la antigua", la idea de Turner es encontrar "lentamente, sin precipitación", un diseño supraestatal a la norteamericana en el cual sus secciones jamás *se conviertan en naciones rivales*. Visión turneriana: los Estados europeos reducidos a *grupos seccionales*.

En resumen, *la sección es la imagen imperfecta de una nación en el sentido europeo, desprovista de aquellos atributos de una nación europea que han sido los mayores generadores de la guerra. A excepción de la Guerra de Secesión, la Pax Americana ha prevalecido en-*

---

<sup>27</sup> *Ibid.*, pp. 140 y 141.

*tre esas secciones extendidas a lo largo del continente por un período de más de un siglo y cuarto.*<sup>28</sup>

Aunque "la moderada sección americana" tenga desventajas ante "su hermano más poderoso, el Estado europeo", el simple costo de la guerra impone la cordura seccional-pluralista, una suerte de *Estado federal* en el que los partidos se formen "de manera natural" (esto es, norteamericana) y defiendan "los intereses comunes de grupos de hombres en Inglaterra y Alemania conjuntamente". Son los *partidos políticos internacionales* a imagen y semejanza de los norteamericanos *que operan sobre toda la nación y no se confinan en una sección* los que, al entrecruzar sus *líneas horizontales con las líneas verticales de las divisiones seccionales*, concilian en su cuadrícula política lo nacional y lo internacional mediante el eslabonamiento de los intereses seccionalizados, nacionalizados y transnacionalizados. Y son sobre todo los que rompen el monopolio internacionalista de "los partidos radicales" al sancionar la globalización de sus "tendencias opuestas", esto es, "las combinaciones internacionales de negocios, las organizaciones internacionales científicas y educativas y las fuerzas conservadoras en general".<sup>29</sup>

Al reconocer que "la así llamada lucha de clases no es en realidad una lucha nacional sino una lucha internacional", Turner busca la fórmula que la desactive en el nombre de lo plural-seccional; a la vez, la fórmula que aproveche "la conciencia de clase para disminuir la violencia de la conciencia nacional". Mantener "la serpiente bolchevique fuera del edén americano" y fuera de todos los demás edenés supone universalizar el libre juego del pluralismo y el *fair play* del partidismo norteamericano. Que los partidos de la subversión y la "irresponsabilidad" se sometan a las reglas despolitizadoras y desideologizadoras dictadas imparcialmente por la técnica, el comercio y las finanzas. Al llegar 1925, no preocupa a Turner que la Liga de Naciones no cuente con un "ejecutivo poderoso": "Nuestra propia historia demuestra que no es esencial y que es susceptible de darse bajo la presión de la necesidad. La tradición del poder central sólo puede desarrollarse con el tiempo". Lo que inquieta a Turner es que para entonces parezcan improbables (si bien "posibles") "las modificaciones de la Liga a lo largo de las líneas de la práctica americana".<sup>30</sup>

<sup>28</sup> Frederick Jackson Turner, "International Political Parties in a Durable League of Nations" (noviembre de 1918), en *American Historical Review*, vol. XLVII, núm. 38, (1942), pp. 547 y 548.

<sup>29</sup> *Ibid.*, pp. 549 y 550.

<sup>30</sup> Frederick Jackson Turner, Carta a Edgard Eugene Robinson (22 de abril de 1925), en *The Historical World*, pp. 156-157.

El problema de la búsqueda de esas modificaciones (desde los planes Dawes y Marshall hasta la Trilateral o el GATT) es capítulo aparte de estas notas.